

# EL USS *YORKTOWN* Y EL DESTACAMENTO DE BALER

Juan Antonio MARTÍN RUIZ  
Doctor en Historia

## Introducción

Con este trabajo pretendemos analizar un hecho acaecido con ocasión del célebre asedio al que fue sometido en Baler, durante 337 días, un pequeño destacamento del Ejército español durante la guerra de independencia filipina y la posterior implicación norteamericana. De forma más concreta, nos referimos a la participación que en el mismo tuvieron los norteamericanos a causa del intento fallido, como todos sabemos, de rescatar en 1899 a dicha guarnición mediante el envío de un navío, el USS *Yorktown*.

Probablemente sea éste uno de los pocos episodios relacionados con dicho asedio del que disponemos de distintas versiones de todos los participantes, hasta ocho en total, como tendremos ocasión de comprobar, y que incluyen a la totalidad de sus protagonistas, ya sean éstos españoles, americanos o filipinos, informándonos sobre cómo se vivieron los acontecimientos, tanto desde el punto de vista de los sitiadores como de los sitiados y sus rescatadores.

A continuación nos detendremos a examinar las distintas versiones que nos han llegado sobre este suceso para, más adelante, contemplar tanto las similitudes como las diferencias que podemos encontrar entre ellas. Hemos de confesar que a veces llegan a ser realmente notables y a afectar la versión difundida hasta el momento.

## La implicación americana

Como es sabido, fueron las gestiones emprendidas por el controvertido arzobispo de Manila, Bernardino Nozaleda (1), ante las autoridades americanas, cuando llevaban ya ocho meses de asedio, las que estuvieron en el germen de tal acción. Así, el 23 de marzo de 1899 solicitó al almirante George Dewey, comandante en jefe de la flota americana en el archipiélago, que enviase un navío en auxilio del destacamento y de los frailes que les acompa-

---

(1) MARTÍN CEREZO, S.: pp. 255-259, NOZALEDA, B.: Madrid, 1904, pp. 38 y 39.

ñaban, petición que fue aceptada tras recibir el visto bueno de Washington. Según publicaría más tarde una de las personas que formó parte en la expedición, el teniente James Clarkson Gilmore (2), con el visto bueno dado por Dewey, junto con el general Elwell S. Ottis, al mando de la plaza de Manila, lo cual tenía mucho que ver con la simpatía que ambos sentían por los españoles que tan bravamente resistían; aunque otro de los integrantes de la misma, el marinero Lyman P. Edwards, apunta otra bien distinta, pues según él no fue más que un intento de su gobierno para ganarse los votos del electorado católico en su país (3).

Así pues, el cañonero USS *Yorktown*, que por aquel entonces estaba encargado de vigilar las costas a fin de evitar la llegada de suministros y armamento para los filipinos (4), zarpó de Manila el 7 de abril de 1899 al mando del comandante Charles S. Sperry. Llevaba un plano de la costa y una carta escrita en español que debía ser entregada al jefe del destacamento, facilitados ambos por Nozaleda. Llegó a Baler el día 11, y sin que finalmente pudiera llevar a cabo su misión con éxito, como sabemos, puso rumbo a Ilo-Ilo, capital de la isla de Panay, que por entonces era el segundo destacamento en importancia de la isla de Luzón, para informar de lo sucedido (5) y luego regresar a la capital filipina el 21 de abril con 15 tripulantes menos. Todo ello tuvo un amplio eco en la prensa de dicho país (6) y, por supuesto, también en la española, al confirmar que el escaso destacamento hispano aún resistía a pesar de que la guerra hacía meses que había finalizado (7). Asimismo, esta última recogía las palabras del corresponsal del *Herald* en Manila, según el cual Dewey no descartaba en un primer momento, al ser las noticias muy confusas, que los hombres del *Yorktown* pudieran haber sido capturados por los españoles al creerlos todavía enemigos (8), si bien veía más probable que hubieran sido los filipinos sus captores, pues no olvidemos que en febrero de ese año había estallado la guerra filipino-norteamericana. (9).

## Las versiones españolas

Hasta el momento son tres los textos hispanos que nos hablan de este episodio: los de Saturnino Martín Cerezo, fray Félix Minaya y Rojo y el soldado

---

(2) GILMORE, J.: p. 293.

(3) FEUER, A.B.: p. 151

(4) *El Día*, 5 de marzo de 1899.

(5) *La Época*, 20 de abril de 1899.

(6) *San Francisco Chronicle*, 19 de abril de 1899 y 22 de Julio de 1900; *The New York Times*, 4 de mayo de 1899.

(7) *El Imparcial*, 22 de abril de 1899.

(8) *El Día*, 24 de abril de 1899.

(9) ANDREWS, F.L.: pp. 41 y 42.

Ramón Buades Tormo. Comenzando por Martín Cerezo, cabe indicar como en su libro señala que sobre las 14.00 o las 15.00 del 11 de abril pudieron oír en la lejanía hasta diez disparos de cañón de gran calibre, pensando que se trataba de una columna que venía por tierra a liberarlos; sin embargo, ya de noche pudieron ver el reflector de un barco que parecía buscarles, por lo que consideraron que se trataba de un ataque combinado, por mar y tierra, llevado a cabo por los españoles, quienes a esas alturas habrían finalizado victoriosamente la guerra con los Estados Unidos. Como es lógico, tal hecho les llenó de alegría, siendo al día siguiente cuando, muy temprano, volvieron a escucharse disparos, esta vez de fusilería, por lo que creyeron que era un simple reconocimiento de la costa. Ya por la tarde, el estampido de seis disparos de artillería, así como la vista de los tagalos huyendo, les hizo pensar que pronto estarían libres, de manera que hicieron hasta tres descargas de fusil con la intención de señalar su posición. Llegada la noche, Cerezo mandó que dos soldados subieran a la torre pertrechados con una larga caña en cuyo extremo habían puesto unos trapos empapados con petróleo, con la orden de agitarlos si el reflector volvía a iluminarlos, cosa que hicieron cuando, efectivamente, los potentes haces de luz se posaban sobre los muros del templo. Sin embargo, hacia las cuatro de la madrugada el reflector se apagó súbitamente, al tiempo que veían alejarse las luces del buque, de manera que pronto cundió el más profundo desánimo, mitigado cuando comenzaron a considerar que lo más probable era que, ante la falta de fuerzas para llevar a cabo un desembarco, el navío hubiera vuelto a Manila en busca de refuerzos. El 13 por la tarde pudieron ver cómo desde las posiciones tagalas se alzaba una bandera americana, al mismo tiempo que enviaron como emisario a uno de los marineros que habían capturado (hecho que ellos ignoraban) preguntando si alguien sabía hablar francés, respondió Cerezo en español y fue comprendido por su interlocutor (10).

En su declaración efectuada en Manila en julio de 1899, durante el expediente abierto a fin de dictaminar lo ocurrido durante el asedio, Martín Cerezo comenta que fue a las 14.00 del día 11 cuando escucharon hasta diez disparos de cañón, contemplando esa noche la luz de un reflector, de manera que dieron por hecho que la guerra había terminado e iban a rescatarles. Ya de mañana, los tagalos evitaron un intento de desembarco, mientras que la tarde de ese mismo día, desde el buque, dispararon seis veces sobre un castillo, como lo denomina el oficial, en el que los tagalos se habían atrincherado, pudiendo ver cómo abandonaban el pueblo a toda prisa camino de San José de Casignan, por lo que hicieron tres descargas para avisar de su presencia. Durante la noche dos soldados se encargaron de hacer señales de luz cuando el reflector del barco los iluminaba, si bien a las cuatro de la mañana las luces les abandonaron, aunque creyeron que volvía a Manila para regresar con refuerzos. Esa tarde los sitiadores colocaron una bandera americana y recibieron a un marinero de esa nacionalidad que les informó de la presencia de un barco americano que venía para repatriarlos a España, pero tanto Cerezo como

---

(10) MARTÍN CEREZO, S.: pp.118-121.

los soldados no creyeron sus palabras, al tenerlo por el capitán Olmedo disfrazado (11).

Por su parte, fray Félix Minaya nos informa de que el 11 de abril, a las 14.00, se escucharon una decena de disparos muy lejanos que suponían que debían haber sido realizados por sus rescatadores, así como que esa noche un reflector recorrió toda la costa. A las 06.00 horas del día siguiente escucharon disparos de fusiles Remington, acompañados luego de voces tagalas que celebraban su victoria, algo que les desconcertó sobremanera; si bien su ánimo se recuperó un tanto cuando a las 18.00 horas volvieron a oírse hasta seis cañonazos, que fueron contestados, por su parte, con tres descargas de fusilería. De noche volvió a alumbrarles la luz del barco, deteniéndose en los muros de la iglesia y, sobre todo en la torre, donde pusieron un palo con unos trapos empapados de petróleo a los que prendieron fuego. Sin embargo, a las 03.30 el foco se apagó y un soldado que había subido a la torre bajaba desolado diciendo que el barco se había marchado, tras lo cual consideraron que lo más probable es que hubiera regresado a Manila por más fuerzas. Fue el día 13, cuando llegó un marinero con bandera blanca, quien les dijo que el barco americano les llevaría a España, sin olvidar detallar que, cuando este ya estaba próximo a la iglesia, los tagalos pusieron una bandera americana en la copa de un cocotero mientras dispararon tres cañonazos queriendo simular que quienes atacaban eran los americanos (12).

En un relato, poco conocido, escrito por el soldado Ramón Buades, este nos cuenta que a las 14.00 de dicho día retumbaron diez disparos y por la noche un reflector iluminó la costa, lo que les hizo estallar de alegría al creer que la guerra había terminado y pronto estarían libres. Tras el intento de desembarco por la tarde, desde el barco cañonearon seis veces un fuerte, tal y como lo denomina, lo que provocó la huida de los tagalos, por lo que hicieron una triple descarga para que los oyeran desde el buque. De noche vieron nuevamente el reflector y subieron a la torre dos soldados para hacer una señal con fuego, pero a las cuatro de la mañana se apagó la luz y el navío se fue. Todos pensaron que habría vuelto a Manila para recabar más tropas, si bien al pasar los días dictaminaron que éstas debían faltar en Filipinas y vendrían directamente de la Península. Esa tarde llegó a parlamentar un marinero con bandera americana, que creyeron era Olmedo (13).

Aun cuando no la contabilizamos, al ser sumamente reducida, tampoco queremos dejar de mencionar que, en la declaración realizada en Manila tras el asedio, Rogelio Vigil de Quiñones se limita a confirmar que llegó un buque a la bahía, y que después, al mismo tiempo que desde un *bahay*

---

(11) Archivo General Militar de Segovia (AGMS), ff.15r-16v.

(12) ABAD, A. Y PÉREZ, L.: pp. 344 y 345.

(13) MARTÍN RUIZ, J.A.

(14) se veía una bandera americana, recibieron a un parlamentario que hablaba muy mal español, quien les comentó que el barco americano se ponía a su disposición para trasladarlos a España (15).

### Las versiones norteamericanas

Cuatro son los relatos que tenemos al respecto. Dos los proporcionan sus propios autores, el teniente James Clarkson Gilmore y el marinero Lyman P. Edwards, y de ellos omitiremos las partes alusivas a su posterior cautiverio, ya que no afectan directamente al tema que ahora nos ocupa. Los dos restantes, los de los también marineros Axer Venvell y D.W.A. Venville, fueron recogidos, respectivamente, por los frailes Félix Minaya y Lorenzo Pérez, por lo que son mucho más breves que los dos primeros.

El teniente Gilmore, quien, no lo olvidemos, estaba al mando de la operación, nos dice, una vez liberado de su cautiverio, en su informe redactado en Manila el 8 de enero de 1900 y que fue publicado por la prensa americana (16), que el día 11 su comandante le comunicó que a la mañana siguiente iría con un bote para dejar en tierra a dos personas, quienes debían localizar la iglesia, con la única orden expresa de no desembarcar. Efectivamente, tal hicieron a las 04.20 en el más completo silencio, aun cuando no lograron evitar ser vistos por un centinela, de manera que Gilmore pensó que este también podría haber visto a los dos tripulantes, uno de ellos el alférez de navío Stanley, por lo que decidió adentrarse en el río. En este punto Gilmore indica expresamente que sabía que le podían disparar, pero que confiaba en la ametralladora Colt que llevaban para rechazar cualquier agresión. Sin embargo, al doblar una curva del río fueron atacados y, aunque desde el bote respondieron al fuego que les hacían, como no podían ver nada a causa de la foresta se vieron obligados a rendirse. Acto seguido, los tagalos les robaron las ropas, el calzado y hasta los relojes que llevaban, alineándolos para ser fusilados, si bien cuando ya estaban a punto de dispararles apareció un oficial que ordenó detener la ejecución y que fueran trasladados al pueblo, abandonando allí a los muertos y moribundos.

Ahora bien, ya de vuelta en su país, Gilmore publicó ese mismo año otro texto en el que, además de poderse apreciar un indisimulado desprecio hacia sus enemigos, a quienes llega a tildar de estúpidos y desleales, debido posiblemente a su cautiverio, presenta interesantes diferencias respecto a su informe oficial. Así, en él comenta que, al llegar el día 11 a Baler, les fue imposible divisar el pueblo por encontrarse, como sabemos, algo al interior, de modo que decidieron enviar un emisario, de nombre Ensing Stanley, para que solici-

---

(14) Típica vivienda filipina, realizada con materiales perecederos como bambú, hojas de palmera...

(15) AGMS, f. 54v.

(16) *The New York Times*, 31 de marzo de 1900.

tara a los sitiadores entrevistarse con los sitiados. Aquellos no sólo habrían accedido a tal petición, sino que incluso llegaron a ofrecerle un intérprete y dos soldados para que lo escoltasen; si bien, temiendo alguna añagaza, Stanley decidió regresar al barco. A las cuatro de la madrugada enviaron un bote con 17 tripulantes que en silencio se dirigió a tierra, donde dejaron a dos de los marineros, que se adentraron en el bosque para buscar a los tagalos que no se habían presentado, siendo entonces cuando vio una patrulla de los sitiadores y, temiendo por la integridad de los dos hombres que acababan de desembarcar, optó por adentrarse en el río, tras lo que fueron atacados, capturados y robados. Gilmore solicitó entonces poder enviar una carta al navío informando de lo sucedido, algo que fue aceptado, aunque parece que la misiva nunca llegó a su destino (17).

Por su parte, el marinero Lyman P. Edwards nos dice que fondearon algo alejados de la costa y que intentaron comunicarse con los filipinos mediante un código de señales internacionales que estos desconocían, por lo que a mediodía mandaron un bote para negociar con ellos el rescate de la guarnición española, cuyo número él eleva hasta el centenar. Sin embargo, estos se negaron a acceder a las pretensiones de los recién llegados, indicando incluso que no consentirían que se evacuaran mediante el uso de la fuerza. En vista de la negativa, el comandante ideó un plan en función del cual un bote iría a tierra y se procedería a bombardear los alrededores de la iglesia, por lo que a las cuatro de la mañana un bote con 17 personas dejó a dos de ellas en tierra para que subieran a la cima de una colina y localizaran el templo, cuya torre veían desde el barco, tras lo cual regresaron a bordo. Al amanecer, cuando volvían a donde los habían dejado, fueron vistos por un tagalo que vigilaba la costa, quien corrió hacia el bosque, sin duda para advertir a sus superiores. Entonces, «for some unexplainable reason», en palabras de Edwards, el teniente Gilmore ordenó adentrarse en el río contraviniendo las órdenes dadas, que eran permanecer en la costa. Al doblar un recodo, fueron tiroteados de repente, sin que pudieran ver bien a sus atacantes a causa del follaje y de la neblina. Una vez rendidos, estos dejaron a los muertos y heridos en el bote llevando al resto a Baler, donde les quitaron parte de las ropas para ser fusilados, algo que en el último instante evitó un oficial. Asimismo, indica que el emisario que enviaron, Paul Vaudoit, lo fue porque sabía algo de español, si bien cuando se dirigía a parlamentar fue tiroteado, por lo que no llegó a acercarse a la iglesia (18).

Comentaremos ahora la versión dada por el marinero Axer Venvell, quien compartió cautiverio con Minaya y según la cual, nada más llegar, desde el buque hicieron unas salvas de saludo al destacamento, trasladándose a tierra el teniente Gilmore a fin de entrevistarse con los jefes sitiadores para informarles de los motivos de su misión, pues no olvidemos que ya estaban en guerra entre ellos, a lo que el capitán Nemesio accedió. Fue al otro día cuando, en un bote artillado en el que iban 15 hombres más el teniente, fueron atacados en el

---

(17) GILMORE, J.: pp. 293-296; MARTÍN CEREZO, S.: pp. 261-267.

(18) FEUER, A.B.: pp. 151-153.

río a pesar de lo pactado y de llevar bandera blanca, de resultas de lo cual fallecieron tres de sus tripulantes y otros cuatro resultaron heridos, para terminar siendo capturados y robados (19).

Por último, Venville sostiene, de forma más breve, que nada más llegar hicieron unas salvas de ordenanza, tras lo cual el teniente fue a tierra para solicitar la autorización de los filipinos, algo que fue autorizado por el capitán Nemesio. A tal fin enviaron un bote con 16 personas, pero cuando estaban en el río con bandera blanca, los tagalos incumplieron lo acordado y comenzaron a dispararles, matando a tres de ellos e hiriendo a otros cuatro. Acto seguido se apoderaron del bote y de todas sus pertenencias, incluidos la ropa y el calzado (20).

### **La versión filipina**

También fray Félix Minaya (21) nos transmite la única versión filipina que conocemos acerca de lo acaecido, según la cual, efectivamente, dieron permiso para que los norteamericanos llevaran a cabo su cometido, si bien pactaron que bajo ningún concepto entrarían en el río sin avisarles. Pero estos habrían hecho caso omiso del acuerdo y entraron en el río, sin que tampoco llevaran ninguna bandera blanca y sí una de su país, por lo que, comandados por Luna Novicio, les dieron el alto sin que desde el bote obedecieran, siendo así que, incluso, vieron cómo uno de los marineros preparaba la ametralladora que llevaban a bordo. Una vez más les conminaron a detenerse sin ningún resultado, siendo la actitud de los tripulantes hostil, de manera que abrieron fuego, matando e hiriendo a varios, tras lo cual se lanzaron al agua capturando el bote, su armamento y a los marineros supervivientes, aun cuando negaban tajantemente que les robaran sus pertenencias, pues aseguraban que fueron los propios americanos quienes se las habían entregado para que les perdonaran la vida. Estaban ya a punto de ser fusilados, cuando la providencial aparición de un oficial les salvó la vida, siendo conducidos a Baler, donde los jefes tagalos decidieron que uno de ellos, de nombre Paul Vaudoit, el cual hablaba algo de francés, hiciera de parlamentario.

### **Similitudes y contradicciones entre las fuentes**

Una vez que hemos repasado las distintas versiones existentes, podemos detenernos en apreciar sus contradicciones, sobre todo las concernientes a las fuentes americanas, que resultan ser las más acusadas. Comenzando por los documentos escritos por los españoles, cabe indicar que ofrecen muy pocas discrepancias y, cuando éstas se presentan, son de escasa trascendencia. Tal

---

(19) ABAD, A., y PÉREZ, L.: p. 346.

(20) MARTÍN CEREZO, S.: pp. 265 y 266.

(21) ABAD, A., y PÉREZ, L.: pp. 346 y 347.

sucede, por ejemplo, cuando comentan el parlamento con el marinero, momento en el que Minaya alude a unos disparos que ni Cerezo ni Buades citan, o bien si fue él quien portó la bandera americana, como refiere Buades, puesta sobre la copa de un cocotero tal y como expone Minaya, o en un *bahay* si seguimos a Vigil de Quiñones, por lo que podemos estar razonablemente seguros de que reflejan fielmente cómo se vivieron los acontecimientos desde dentro de la iglesia.

Mayor complejidad suscitan por sus diferencias, como dijimos, los textos americanos, y particularmente los redactados por Gilmore y Edwards. En este sentido, podemos decir que dos son los interrogantes principales que los relatos de los tripulantes del *Yorktown* nos plantean, junto a otros de menor importancia que iremos desgranando a continuación, ya que resultan vitales para entender su fracaso. El primero de ellos afecta a la posibilidad de que se llegara a un acuerdo con los filipinos para que les permitieran embarcar a los soldados españoles. El segundo se halla en íntima relación con el anterior, pues depende de que aceptemos que se llegó a un pacto y tiene que ver con la posible responsabilidad de Gilmore en la ruptura del acuerdo y en su trágico desenlace.

Sobre si llegaron a algún tipo de acuerdo con los tagalos, cabe mostrar la gran diferencia que existe entre lo narrado por Edwards, quien sostiene que no lograron alcanzar ningún tipo de acuerdo, y lo expuesto por Gilmore, Venvell y Venville, que afirman lo contrario, a lo que debemos sumar la única versión filipina conocida. Ahora bien, incluso en los textos escritos por Gilmore se advierten importantes contradicciones, pues lo cierto es que, en su informe redactado en Manila, el teniente no alude en modo alguno a esta cuestión y en todo momento se expresa como si la decisión hubiera sido actuar de espaldas a los filipinos, siendo consciente incluso de que al adentrarse en el río podrían dispararle. Además, no se explica que en ambos textos señale cómo su bote iba por la noche en completo silencio y con los remos cubiertos con telas para no hacer ruido. Como ya vimos, el oficial asegura que se adentró en el río con la única intención de preservar la vida de los dos marineros desembarcados, algo que resulta lógico si de verdad no llegaron a ningún acuerdo con los tagalos, pero que no lo es tanto si realmente se había alcanzado un pacto. En este sentido, no deja de ser interesante comprobar cómo en un artículo escrito en 1905 el capitán Horace M. Reeve (22) nada dice sobre este supuesto encuentro amistoso, e incluso indica taxativamente que Ensing Standley fue enviado para efectuar un «secret reconnaissance». Es más, en una publicación oficial de la Armada norteamericana realizada varias décadas más tarde, en 1931 (23), tampoco se hace la menor mención de este posible acuerdo suscrito entre ambas partes.

En estrecha relación con esta cuestión, posiblemente lo sucedido sería responsabilidad del teniente Gilmore. Si hacemos caso de lo expuesto por los

---

(22) REEVE, H.M.: p.295.

(23) HANKS, C.C.: pp. 783 y 784.

marineros americanos y de lo dicho por los tagalos, cabría hacerle responsable del fracaso de la expedición al adentrarse en el río; aunque parece claro que en gran medida depende de la existencia o no de un acuerdo previo, pues de no haber existido podría verse mitigada, dado que en su informe el oficial indica que la única prohibición que le hizo su superior fue que no desembarcara. Tanto el informe oficial redactado por Gilmore como lo expuesto por Edwards y algunos escritos americanos posteriores inducen a pensar que estos llevaron a cabo esta acción de rescate sin contar con la colaboración filipina. Por ello, tal vez podamos preguntarnos si el oficial pudo llegar a publicar una versión diferente de lo acaecido en la que, aun cuando admite que no debió adentrarse en el río, son los tagalos quienes aparecen como responsables de la ruptura de un acuerdo.

Para comprender mejor estas diferencias entre ambos marinos conviene no olvidar que, como resultado del enfrentamiento y posterior cautiverio sufrido tras los sucesos de Baler, Gilmore y Edwards se profesaron un intenso odio que se prolongó durante el resto de sus vidas, pues el segundo hacía responsable a su oficial de lo sucedido al haber incumplido, según él, las órdenes recibidas (24). Además, y como resultado de lo acaecido, posteriormente las autoridades norteamericanas abrieron un expediente en el que Gilmore resultó absuelto al considerarse que no había transgredido las órdenes recibidas, pues su intención fue tan solo evitar que fueran apresados o asesinados los dos tripulantes que estaban en el bosque, quienes, por cierto, pudieron ser recogidos algo más tarde por otro bote del *Yorktown*, informando a sus superiores de que habían escuchado toques de corneta y un tiroteo, pero no la ametralladora en la que Gilmore tanto confiaba, al mismo tiempo que pudieron ver la bandera de España sobre la torre de la iglesia, desde donde habían oído voces españolas (25).

Ciertamente, no resulta una tarea fácil discernir qué fue lo que en realidad sucedió, pues de hecho algunas versiones no pueden ser más enfrentadas, sin olvidar que la versión filipina respalda la existencia de unos contactos previos, si bien sería necesario disponer de más relatos tagalos que quizá puedan evidenciar diferencias, como hemos visto que ocurre con los norteamericanos. En realidad ya el propio Minaya, consciente de estas notables diferencias, intentó conocer la verdad de lo ocurrido, pero sin llegar a obtener un resultado positivo (26). Las diferencias existentes entre los textos de Gilmore no dejan de ser significativas, sobre todo si tenemos presente que el primero de ellos, en el que no habla de acuerdo alguno, era un informe oficial y el segundo, donde sí alude al mismo, era una publicación destinada a ser leída por un amplio público. Hasta qué punto pudo haber en este segundo texto un intento de justificar su actitud es algo que debe tenerse en consideración. Además,

---

(24) MARTÍN RUIZ, J.A.: p. 103.

(25) *La Época*, 20 de abril de 1899; ORTIZ ARMENGOL, P.: p.136.

(26) ABAD, A., Y PÉREZ, L.: p. 347.

convendría no olvidar que ambos bandos estaban en guerra, por lo que la propaganda a favor o en contra se vuelve un elemento importante. En este sentido, podemos ver con total claridad cómo cada parte pretende hacer responsable de lo ocurrido a la otra.

Por otro lado, ya comentamos que existen aún algunos aspectos, menores si se quiere, que siguen siendo algo confusos. Tal sucede, por ejemplo, con el número de bajas que tuvieron los americanos. Así, Venvell y fray Minaya hablan de tres muertos y cuatro heridos, en tanto que la versión filipina fija dos fallecidos y cuatro heridos, y Gilmore habla en su informe de dos muertos, otros dos «mortally wounded» y tres heridos.

Otro tanto acontece con la lengua que habló Paul Vaudoit en su parlamento, puesto que si Cerezo y los filipinos sostienen que fue el francés, Edwards, en cambio, apunta al español, lengua de la que Vaudoit tenía algunas nociones, como confirman el propio Cerezo y Gilmore, y que resultaría más lógica si tenemos en cuenta la nacionalidad del destacamento sitiado. Por su parte, Minaya indica tan solo que habló en voz alta y que Cerezo le respondió, en tanto que Vigil de Quiñones viene a confirmar que hablaba un mal español.

Pero incluso en este aspecto también aparecen dudas, puesto que, si seguimos lo dicho por Edwards, los españoles abrieron fuego contra Vaudoit cuando lo vieron acercarse, de manera que ni siquiera habría existido tal entrevista. Sin embargo, en esta ocasión debemos indicar que ese extremo no sólo lo refutan Gilmore y la única fuente filipina, sino también todas las fuentes españolas, inclusive Vigil de Quiñones, las cuales coinciden en señalar que sí se llevó a cabo, por lo que pensamos que Edwards, quien en ese instante estaba prisionero y no debió de contemplar la escena, ofrece al menos en este punto concreto una versión que no se correspondería con la realidad.

En cuanto a las discrepancias sobre el robo, entre lo expuesto por los norteamericanos, quienes sostienen que los sitiadores robaron sus pertenencias a los tripulantes capturados, y los filipinos, que defienden que se las entregaron por propia voluntad, todo induce a considerar que, en efecto, fueron robados como paso previo a su fusilamiento, que sólo a última hora fue evitado por la oportuna llegada de un oficial tagalo.

Paradójicamente, y a pesar del fracaso de su misión, la llegada de este navío sirvió para acrecentar las esperanzas de ser rescatados por parte de los sitiados, pues parece existir un común acuerdo, según recogen Cerezo, Vigil y Buades, en que consideraron que su nacionalidad no era estadounidense, sino española, a pesar de que el marinero norteamericano que parlamentó con ellos les indicó que no era así. El que no aceptasen sus palabras se explica si tenemos en cuenta que todos parecen haber creído que se trataba de un engaño. Asimismo, también elevó la moral de los sitiadores, ya que desde su punto de vista habían logrado rechazar lo que consideraban un peligroso ataque (27), aun cuando en la actualidad parece existir un acuerdo generali-

---

(27) MARTÍN RUIZ, J.A.: p. 104.

zado entre los investigadores del tema (28) a la hora de considerar que dicho ataque tagalo frustró un intento de rescate que les hubiera beneficiado, por lo que puede considerarse como un gran error por su parte.

Por último, hay que señalar que, gracias a una carta enviada por el general Frederic Funston a Martín Cerezo en 1912 (29), sabemos que el ataque a la patrulla enviada por el *Yorktown* fue la causa de la detención y posterior condena a cadena perpetua del cabecilla Teodoro Luna Novicio, quien fue acusado de haber enterrado vivo a uno de los marineros, algo que parece bastante plausible si recordamos que Minaya comenta que fueron enterrados «muertos o medio muertos», y que Gilmore afirma que en la playa dejaron algunos moribundos (30). Fue él también quien tuvo un gran protagonismo a la hora de dirigir los ataques no sólo contra este destacamento español asediado, sino contra el que mandaba el teniente José Mota a finales de 1897 (31).

## Conclusiones

A tenor de la totalidad de los relatos existentes, y sobre todo de los norteamericanos escritos por Gilmore y Edwards, parece que el episodio del *Yorktown* presenta muchas más dudas de las que en un primer momento se podría suponer. En él los intereses generales de americanos y filipinos, enfrentados desde hacía pocos meses en una guerra, se entremezclan con otros de carácter personal, caso de la enemistad de estos dos personajes y, quizá también, del intento de Gilmore de descargar parte de su responsabilidad en lo acaecido. Por el contrario, las fuentes españolas ofrecen una mayor homogeneidad, siendo muy escasas las discrepancias que podemos encontrar entre ellas y, cuando éstas existen, su trascendencia es mucho menor que en las anteriormente citadas, sin que la escasez de textos filipinos nos permita enjuiciarlos de forma autónoma.

El estudio de estas fuentes, sobre todo las norteamericanas, como decimos, nos ofrece tres posibilidades distintas. La primera sería que los contactos entre los tripulantes del *Yorktown* y los tagalos se hubieran producido; viniendo a significar la segunda que llegaron a efectuarse aunque con resultado negativo al no ser autorizados; mientras que la tercera posibilidad es que, en efecto, fueron autorizados, pero Gilmore no cumplió lo pactado y provocó su fracaso. Por desgracia, por el momento no resulta factible decantarse con plena seguridad por una de ellas; aunque existen elementos suficientes como para no descartar que la versión más difundida, la publicada por el teniente Gilmore en la prensa de su país, no sea totalmente verídica, algo que sólo futuras investigaciones podrán dilucidar.

---

(28) ORTIZ ARMENGOL, P.: pp. 136; CALLEJA LEAL, G.: p. 33; MARTÍN RUIZ, J.A.: 2010, p. 104.

(29) MARTÍN CEREZO, S.: 2005, p. 266.

(30) ABAD, A., Y PÉREZ, L.: p.347; GILMORE, J.: 1900, p. 292.

(31) ABAD, A., Y PÉREZ, L.: pp. 290 y 291; ORTIZ ARMENGOL, P.: 1990, pp. 106-108; MARTÍN RUIZ, J.A.: pp. 106-108.

De forma paradójica, este intento de rescate, aunque fallido, sirvió para incrementar las esperanzas de los sitiados de ser liberados de su largo encierro, puesto que, como indican Cerezo, Vigil y Buades, siempre pensaron que se trataba de un buque español. Asimismo, también fue celebrado por los tagalos al resultar vencedores en el enfrentamiento, aunque en el fondo perjudicaban sus propios intereses al prolongar el asedio.

Por último, no deseamos terminar estas páginas sin hacer hincapié en la imperiosa necesidad de disponer de nuevas fuentes documentales, particularmente americanas y filipinas, que puedan ayudarnos a aclarar suficientemente este episodio y despejen, como ya indicamos, las dudas existentes.

### Fuentes documentales

Archivo General Militar de Segovia, «El asedio de Baler». Caja 3351, expediente 26.628.

### Bibliografía

- ABAD, A., y PÉREZ, L.: «Los últimos de Filipinas. Tres héroes franciscanos». *Archivo Iberoamericano*, 64, 1956, pp. 265-354.
- ANDREWS, F. L.: *The Philippine insurrection (1899-1902): developmet of the U.S. Army's counterinsurgency policy*. Thesis of Graduate, United States Military Academy, Louisiana, 2002
- BUADES TORMO, R.: «Nuevas fuentes documentales sobre el asedio de Baler (1898-1899): el relato de» *Revista de Historia Militar*, núm. 109, en prensa.
- CALLEJA LEAL, G.: «Los últimos de Filipinas. La heroica defensa de Baler Junio de 1898- junio de 1899». La *Coronelía. Guardas del Rey*, núm. 4, Madrid, 2003, pp. 17-45.
- FEUER, A. B.: «The siege of baler and the adventures of Lyman P. Edwards», *American at war: The Philippines, 1898-1913*. Westport, 2002, pp. 148-172.
- GILMORE, J.: «A prisoner among filipinos». *McClures Magazine*, XV, núm. 4, 1900, pp. 291-302.
- HANKS, C. C.: «The siege of Baler church». *United States Naval Institute Proceedings*, 340, 1931, pp. 782-784.
- MARTÍN CEREZO, S.: *El sitio de Baler. Notas y recuerdos*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2005 (5.<sup>a</sup> ed.)
- MARTÍN RUIZ, J.A.: *Una historia olvidada: Baler (1898-1899)*. Pórtico Librerías, Zaragoza, 2010.
- NOZALEDA, B.: *Defensa obligada contra acusaciones gratuitas*. Madrid, 1904
- ORTIZ ARMENGOL, P.: «La defensa de la posición de Baler, junio de 1898-junio de 1899. Una aproximación a la guerra en Filipinas» en *Revista de Historia Militar*, núm. 68. Madrid, 1990, pp. 83-178.
- REEVE, H.M.: «The defense of Baler church». *Century Illustrated Magazine*, LXX, núm. 2, 1905, pp. 293-298.

### Fuentes periódicas

- El Día*, 5 de marzo de 1899 y 24 de abril de 1899.
- El Imparcial* de 22 de abril de 1899.
- La Época* de 20 de abril de 1899.
- San Francisco Chronicle* de 19 de abril de 1899 y 22 de julio de 1900.
- The New York Times* de 4 de mayo de 1898 y 31 de marzo de 1900.